

Reflexiones en torno a la historia local

Leandro Higuera del Pino

Correspondiente

Desde hace unas décadas están proliferando las publicaciones sobre historia local. Las causas son muy diversas, entre las que hay que contar: el mayor nivel cultural de nuestras gentes como posibles lectores, así como una cantidad apreciable de hijos del pueblo con estudios universitarios, y amantes de la historia de su localidad que desean investigar su pasado.

Por otra parte, han surgido también diferentes instituciones dispuestas a sufragar los gastos de impresión, como son las asociaciones culturales locales, ayuntamientos, diputación provincial y diferentes entidades bancarias.

A todas ellas podíamos añadir el propio régimen de las Autonomías que fomenta esta clase de investigación, y contribuye a crear un ambiente de revalorización de lo comarcal, regional y local. Rara es, por ejemplo, la Autonomía que no tiene ya, o esté en vías de publicación, su correspondiente *Enciclopedia*, o no haya organizado congresos de estudios regionales.

Parecida es la política que han seguido las universidades, creando cátedras de historia regional, y diputaciones que patrocinan institutos de estudios de esta índole.

Esta serie de publicaciones sobre historia local es abundante, pero de muy variada calidad, que discurre desde aquellas que aportan datos de indudable interés y enfoque original, a las que reducen su trabajo al clásico *refrito*, a veces con los mismos errores que constan en los libros de donde se han copiado, sin pasarlos por la criba de la crítica.

En buena medida son obra de los clásicos *eruditos locales* que, a su elevado caudal memorístico, paciente trabajo de archivo y recopilación de datos, unen un desmedido entusiasmo por el pasado de su pueblo, sin un conocimiento de las modernas técnicas historiográficas¹.

Para muchos, su pueblo es el ombligo del mundo, produciéndose una especie de *transfert* o empatía entre el sujeto que escribe y el pueblo en torno al cual proyecta su admiración desmesurada, a veces incluso frente a la emu-

lación del pueblo vecino. En todo caso, tanto la historia local como la regional y autonómica no pueden entenderse fuera del marco general de la historia de España. En caso contrario sería una historia incompleta, cuando no tendenciosa y politizada.

La historia local sigue siendo interesante y muy provechosa, no sólo como forma pedagógica de acercarse a la Historia, sino también por las interesantes aportaciones que en ocasiones son muestras de gran valor para iluminar muchas de las lagunas que existen en la historia de España, como es el caso de la demografía en el Antiguo Régimen².

Como escribo pensando en Castilla-La Mancha y más concretamente en Toledo, que es lo que más conozco, esta realidad reciente apuntada, no puede ni debe solapar y olvidar, sino todo lo contrario revalorizar los muchos trabajos de esta índole que ya existen en Toledo. Son dignos de mencionar los que comenzaron en 1918, con la aparición del primer número del *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo* y siguieron después, el año 1955, bajo el título de *Toletum*, hasta la actualidad.

En la década de los sesenta, en la misma línea, pero con otro tratamiento, debe mencionarse la revista *Anales Toledanos*, así como las publicaciones del Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos (IPIET). Fueron éstas las que abrieron brecha y trazaron pautas de gran calado, aunque el largo tiempo pasado obligue ya a examinar, completar, revisar y replantear muchos de estos trabajos.

En estas revistas e instituciones culturales toledanas destacó la labor de D. Julio Porres, a quien se rinde este homenaje literario, por sus numerosos estudios de investigación precisamente en historia local, todos ellos realizados con una gran agudeza en los planteamientos, originalidad en los enfoques y con sugerentes orientaciones como gran investigador en el tema³.

1. LOS PRIMEROS PASOS

Cuando las pretensiones del autor se reducen a publicar un modesto folleto sobre la historia del pueblo, ante la carencia de archivos municipales o la urgencia que pidan las circunstancias, se suele partir, como primera y más elemental aportación de datos aislados, de los que proporcionan las *Relaciones histórico geográfico estadísticas de los pueblos de España, hechas por iniciativa de Felipe II. Reino de Toledo*. Iª Parte, publicadas por Carmelo Viñas y Ramón Paz, (Madrid, C. S. I. C., 1951).

Una segunda fuente de información es la que ofrece el conocido *Catastro del Marqués de la Ensenada*. Por suerte, tanto ésta como las famosas *Relaciones Lorenzana-Tomás López*, así como otras más, han sido utilizadas por Fernando Jiménez de Gregorio, en su conocida obra, *Diccionario de los pueblos de*

la provincia de Toledo hasta finalizar el siglo XVIII, Consta de 5 tomos, publicados por la Diputación: el I en 1962; II en 1966; III en 1970; IV (sólo Talavera) en 1983; V (sólo Toledo) 1986. Se trata de una obra de consulta socorrida y obligada, por los muchos datos que recoge de diferentes fuentes impresas y manuscritas.

Una tercera serie de datos, para los siglos XIX y XX, suelen ser, el *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de España y sus posesiones en Ultramar*, recopilado por D. Pascual Madoz. (Existe una edición facsímil. Servicio de Publicaciones de la J.C. de Castilla-La Mancha, 1987), para el siglo XIX, así como diferentes publicaciones de Luis Moreno Nieto, sobre *La Provincia*, y la interesante *Guía de la Provincia de Toledo*, del mismo autor, 2 volúmenes, editada por la Diputación, para el XX.

2. LAS FUENTES MANUSCRITAS. LOS ARCHIVOS LOCALES

Es evidente que todas estas referencias aisladas, a lo largo de cinco siglos, deben ser completados con diferentes anuarios, diccionarios, enciclopedias, censos y relaciones de muy diversa índole, que para el siglo XX nos proporciona el Instituto Nacional de Estadística y recientemente el correspondiente organismo de la Comunidad Autónoma, cuya relación no es el caso de especificar.

Pero sobre todo es imprescindible la investigación en los archivos locales, sin descartar los provinciales, diocesanos e incluso nacionales, si es aconsejable, a falta de los primeros.

Los archivos locales han sufrido a lo largo de la Historia muy diferentes avatares, desde la quema o destrucción total o parcial durante las guerras de Sucesión (1706-1709), la de la Independencia (1808-1814) y la última guerra civil (1936-1939), así como la desidia o desorganización constituye en no pocas ocasiones, una dificultad no pequeña, falta irreparable, o de muy difícil sustitución.

Los archivos municipales (tanto administrativos, como judiciales) son fuentes imprescindibles para obtener decisivos datos, principalmente en los libros de sesiones del ayuntamiento, la correspondencia con las autoridades superiores y otras secciones, según los casos.

Los archivos parroquiales son siempre de consulta obligada, tanto para los aspectos religiosos, como simplemente profanos. No son pocos los que están incompletos, por las causas antes citadas. La consulta del Archivo General Diocesano, que radica en Toledo, es de gran provecho, aún contando con que el archivo parroquial esté completo, es decir, a partir del siglo XVI. No es inútil visitar el del arciprestazgo, por las referencias que pueda haber de Visita Pastoral.

Los libros parroquiales, como son los de bautismos, matrimonios y difuntos, son un venero de información demográfica y sociológica, en ocasiones, con anotaciones marginales, otras al finalizar los años, de gran interés para la historia parroquial o del pueblo. Pueden serlo también los de visita pastoral, los llamados de régimen parroquial y el denominado *de statu animarum*, si existe.

El asociacionismo religioso tiene su reflejo más firme y meticulado en los respectivos libros de cofradías, hermandades, memorias pías y otras fundaciones⁴.

Al margen de estos archivos oficiales, existirían otros, sea también oficiales, y privados, completos o no, cuya consulta puede ser decisiva o complementaria.

Todo este cúmulo de fuentes escritas puede hacer reflexionar al historiador si conviene o no hacer una historia completa o reducir la investigación a una parte, un aspecto o un tema concreto de la historia local.

Cuando se dispone uno a redactar, son tantas las fuentes y documentación acumulable, que puede surgir la tentación hasta de abandonar el trabajo. La historia local resulta ser más complicada y difícil que hacer un resumen de la Historia de España.

La forma de remontar esta *crisis*, que aparece y vuelve periódicamente a resurgir a todo investigador, está en saber seleccionar las fuentes y su contenido. No todo es válido, se utilizan unas o se marginan otras en función de lo que se pretende estudiar⁵.

Se debe huir de lo que llamaríamos *documentolatría*, es decir, esa especie de adoración o manía de copiar todos los datos y documentos completos (incluidos periódicos) por la falsa creencia de que todo lo antiguo es bueno por sólo el hecho de serlo, y todo lo impreso es fiable, por estar ya publicado.

La redacción de un trabajo debe guardar un equilibrio, proporción y medida en sus partes. Como sucede con un arquitecto, a la hora de planificar un edificio, que busca la funcionalidad, la armonía y debida distribución, lo que le obligará a prescindir de mucho material, en beneficio de la claridad y agilidad en la lectura.

3. LA TRADICIÓN COMO FUENTE HISTÓRICA

No es el caso aquí de aludir a la llamada recientemente Historia oral como fuente histórica⁶, sino a las tradiciones locales que se han ido transmitiendo de generación en generación, de muy diversas maneras y que forman *grosso modo* lo que llamaríamos antropología cultural. La recopilación de costumbres, memorias, diarios manuscritos, léxico peculiar, refranes, cancio-

nes, celebraciones, fiestas y todo el cúmulo de instrumentos de trabajo, fotografías y objetos que suelen quedar abandonados en los desvanes y que podrían quizás pasar a formar parte de museos etnológicos, debe ser objeto de una laboriosa ordenación y elaboración reflexiva.

Eruditos y curiosos han publicado parte de este material que está a punto de desaparecer engullido por el olvido, el desinterés o simplemente por el fallecimiento de los últimos protagonistas que harían de cronistas. Son precisamente los maestros, sacerdotes y funcionarios amantes del pasado de la localidad, por ser también perfectos conocedores de sus gentes, quienes pueden mejor que nadie buscar y encontrar todos cuantos restos de toda índole puedan servir para la reconstrucción del pasado. La tarea es urgente, aunque no sería difícil con la ayuda de los medios audiovisuales y de la reprografía.

La simple recopilación de datos, documentos gráficos, su clasificación y organización no basta, pero es una labor de gran interés por conseguir así haber salvado de su desaparición una información de gran valor. Ya vendrán otros que los sepan seleccionar, integrar, relacionar y utilizar como fuente histórica⁷.

4. LOS PROBLEMAS DE LA METODOLOGÍA

La primera dificultad radica en el método. No parece que pueda hablarse con propiedad de una metodología precisa sobre historia local. Más bien habría que hablar de *modelos*. No es que haya que negar la validez de los principios metodológicos, como es el estudio sistemático, el rigor y el orden en los procedimientos, sino que cada trabajo de historia local trata de adaptarse a las peculiaridades de cada pueblo. Fíjese el lector la diferencia que existe entre hacer la historia de un pueblo de la costa o de una localidad del interior; entre uno situado en el llano y otro de montaña; o simplemente aquellos de fundación antigua y los de más reciente creación, como pudiera ser el caso de los creados por el Instituto Nacional de Colonización.

Tampoco es fácil aplicar el esquema, aprendido en la Universidad o en el Instituto, cifrado en la división del proceso histórico en Prehistoria, Historia Antigua, Media, Moderna y Contemporánea, porque resulta artificioso y no siempre tenemos fuentes ni restos arqueológicos aplicables al caso concreto que nos ocupa.

Por otra parte ¿que influencia pudo tener el año 711, invasión de los árabes, en un minúsculo espacio objeto de estudio? Parecido sería el caso del descubrimiento de América en 1492. Mucho más puntual y rápida sin embargo es la incidencia que tienen en todos los pueblos, por pequeños que sean, la invasión francesa y guerra de la Independencia de 1808. Lo mismo

cabía decir de la última guerra civil (1936-1939) cuyos efectos se perciben en su totalidad y urgencia en todas las localidades.

Esto no quiere decir que haya que prescindir de lo que siguen siendo los ojos de la Historia: la cronología y la geografía, sino que la periodización indicada no siempre se ajusta con precisión, ni actúa de motor de cambio en la vida de los pueblos.

No se trataría de querer aplicar lo que sabemos aconteció en la esfera nacional y proyectarlo en el ámbito local, porque el *tempo* o ritmo que marca la Historia general es mucho más lento que la evolución que podemos observar en las grandes ciudades. La historia local, hasta los últimos siglos, ha vivido al margen de la vorágine que produce política en los núcleos urbanos, mientras que la vida de los pueblos discurre en medio de la monotonía que marca el calendario astronómico, salpicado de celebraciones con usos y costumbres que constituyen su intrahistoria o *petite histoire*, muchas veces olvidada o marginada por no dar importancia o no saber sacar partido a infinidad de testimonios aislados que encontramos en documentos de otra índole.

La labor del historiador no está sólo en recopilar documentos y recoger datos, sino en estar constantemente haciendo preguntas al documento y toda cuanta información se pueda encontrar o se nos ofrezca.

5. EL MARCO GEOGRÁFICO COMO CONDICIONANTE

He aquí el primero y principal vector de fuerza que se presenta al investigador de historia local, no siempre tenido en cuenta. La Geografía manda, marca el espacio y condiciona el *hábitat*. El peso del medio geográfico es tan fuerte que el hombre se ve obligado a adaptarse o a emigrar. Tal vez la multitud de despoblados que conocemos, tengan como causa principal, la dificultad que le ofrecía el lugar que terminó por abandonarse, en busca de un sitio más favorable.

Arnold Toynbee desarrolla ampliamente esta teoría que él denomina ley de «la incitación y la respuesta».

«Constituye... una paradoja del progreso el hecho de que si la necesidad es la madre de la invención, el otro padre sea el empeño, la determinación de seguir viviendo bajo condiciones adversas más que cortar las pérdidas e ir donde la vida sea más fácil. No fue un accidente el que la civilización, tal y como la conocemos, comenzara en aquel flujo y reflujo de clima, flora y fauna que caracteriza a la cuádruple edad glacial».⁸

Toda esta lucha del hombre por dominar la naturaleza o proceso fáustico ha sido bien visible y palpable en los pueblos, aunque mucho más lento que

en la ciudad, y no se reduce a la Prehistoria, sino que va evolucionando a lo largo del tiempo, hasta poder prolongarse hasta la llegada del ferrocarril.

Los pueblos situados en las alturas, en un lugar rocoso, o aprovechando la confluencia de dos ríos, pudo influir para defensa frente a las tribus vecinas. Tal sucedió con los pueblos más primitivos, nómadas y cazadores. Pero en tiempos de paz, como sucedió en las edades posteriores, se buscó la llanura, la orilla de los ríos y la fertilidad de las tierras.

No es fácil encontrar siempre vestigios que corroboren estas hipótesis. En todo caso -decía D. Fernando Jiménez de Gregorio- que las fuentes de información para estas épocas antiguas, siguen estando en la tierra o debajo de ella, es decir, en los restos que hayan quedado en la superficie. De ahí la importancia de la Arqueología.

La toponimia puede ser un detector que oriente al investigador. A veces son las únicas pistas que poseemos para confirmar hipótesis, a trueque incluso de equivocarnos por la dificultad que encierra esta clase de saberes. De ahí la importancia en respetar y conservar los nombres antiguos por muy extraños o vulgares que parezcan.

Hay topónimos de referencia arqueológica que pueden señalar antiguas fortificaciones, molinos en desuso, fuentes que han desaparecido, hornos abandonados, puentes que han dejado de utilizarse y otra serie de lugares cuyos nombres no surgieron caprichosamente.

No faltan arados, máquinas de segar de tracción animal y otros utensilios de labor que se encuentran abandonados en labranzas, como restos de arqueología industrial, y que constituyen un vivo testimonio de los pioneros en la renovación y modernización del campo en el siglo XIX, generalmente el rico latifundista.

La transformación que han experimentado actualmente nuestros pueblos y sus contornos encuentran en los topónimos restos del pasado. Tal es el caso de las vías de comunicación, como eran caminos, cañadas, veredas, hoy desaparecidas. Todas ellas señalaban las líneas por donde discurrían los intereses económicos de nuestros pueblos en la antigüedad. Son estos nombres los que denuncian la existencia de arroyos y regatos, fuentes, pozos, lagunas y charcas, únicos sistemas de abastecimiento del inapreciable don del agua.

Pero el estudio del escenario donde se desarrollan los hechos no debe reducirse a una parcelación de aspectos aislados, sino en saber relacionar e integrarlos todos, desde la geomorfología, el relieve, el clima, la vegetación, la fauna y todos los elementos que explican la economía, la vida social y cultural del lugar⁹. No puede descuidar el investigador el panorama que ofrece el medio geográfico actual respecto al antiguo. Me refiero al problema de si se ha producido deforestación, si existe o no equilibrio ecológico, y

si la repoblación pretende hacer frente a los desmanes que se hayan podido producir en el entorno.

Las calles y las casas son un reflejo callado de la historia del lugar. Por lo pronto, la configuración del terreno ha obligado al trazado de sus calles, plazas y edificios, sea aprovechando el declive del terreno, estrechando las calles o, por el contrario, ampliando sus viviendas por la extensión que tenían sus corrales y herrenales adyacentes, intercalados en el mismo casco de la población.

La construcción se hacía con material autóctono, de ahí la importancia de sus canteras, fabricación de adobes, tejas, ladrillos, maderas, hierros y otros materiales. Hoy es fácil comprobar cómo el cemento y otros materiales traídos de fuera, han sustituido a la piedra berroqueña, al tapial, al adobe y a la cal propia del lugar, quedando como testimonio del pasado y llamado a desaparecer, corrales para los animales, que hoy sirven de cocheras, casas abandonadas o trozos de antiguas construcciones, adosadas a las nuevas edificaciones. La observación no es baladí, si tenemos en cuenta que no existen más datos para la reconstrucción mental del pueblo que los que nos ofrecen los restos que quedan.

El nombre de sus calles no era caprichoso, sino que respondía a la lógica que tiene el campesino para orientarse y guiarse sin saber leer, vinculando el nombre a las características de la calle, como pueden ser sus dimensiones o importancia, calle ancha o calle real; por la cercanía a un edificio emblemático: calle de la iglesia, del castillo o del palacio; por su orientación hacia un lugar conocido: una ermita, un pueblo vecino, una fuente, molino, lagar, herrería, fragua, calvario o algún edificio muy definido. La plaza siempre se llamó plaza mayor, del ayuntamiento o de España. Sólo a partir del siglo XIX se cambia algunos nombres para halagar a los políticos de turno: calle de la Libertad, del Progreso o Plaza de la Constitución, aunque el pueblo seguiría llamando a muchas de ellas como siempre se había denominado. El nombre de las calles se consolidó por el uso, el cambio sólo servía para desorientar. Es todo un testimonio de la sensatez popular.

Las comunicaciones son tan importantes para un historiador, como vitales eran para sus habitantes. La relación con los pueblos del contorno desarrollaba el comercio, estrechaba lazos de amistad y fomentaba la solidaridad, al tener pastos comunes e intereses mutuos que defender. La falta de caminos dificultaba el trato entre pueblos limítrofes. Un pueblo aislado o lejano a otros era proclive a la endogamia. Es fácil detectarla con el recuento anual de los matrimonios celebrados con dispensa de impedimentos. Las fiestas abundantes tendrían su explicación en la necesidad de fomentar las relaciones.

6. EL PROTAGONISMO DEL CLERO Y DE LA NOBLEZA

El segundo gran aspecto digno de subrayar en la historia de todos los pueblos es el protagonismo que tienen la Iglesia y el estamento noble.

La historia local adquiere cuerpo cuando comienza a funcionar como entidad poblacional. Sus habitantes son sus verdaderos actores. Las fuentes que tenemos para los primeros siglos de su existencia son muy escasas. Las referencias señalan solamente la decisiva influencia que tuvieron en su fundación o impulso repoblador la voluntad del Rey, de la nobleza o de otras instituciones ligadas a la monarquía o a la Iglesia.

Este es el común denominador que el historiador debe tener en cuenta al tratar de buscar las líneas de fuerza que expliquen en buena medida el nacimiento y desarrollo de todos los pueblos a lo largo de la Edad Media y de la Edad Moderna. Para ello, no hay más que contemplar edificios tan señeros, como son la iglesia parroquial, ermitas o conventos para justificar la influencia de la Iglesia; o los castillos, palacios o casas señoriales, puentes, fundaciones benéficas y otros monumentos que existen, aunque sea en ruinas, para explicar la dependencia de estas poblaciones respecto al señor feudal del que dependieron.

Una muy elemental visión histórica desde la Alta Edad Media, viene a respaldar este enfoque con subrayar el triunfo de la Iglesia sobre la *gens gothorum*, que se encarga de guardar el tesoro heredado del *Imperium*, como fue la lengua, la liturgia y las instituciones durante los siglos VI y VII, mientras procedía a la cristianización de los *pagi*, y aparecían los primeros brotes del feudalismo.

La irrupción del Islam supuso la revalorización de lo cristiano frente al invasor. El concepto de *Hispania Sacra* se hará más patente. La reconquista será un largo proceso donde los núcleos cristianos jugarán un papel decisivo durante los siglos VIII al X.

El cambio de rumbo se produce en el siglo XI, con la disgregación del Califato, mientras los reinos cristianos reciben la ayuda e influencia de Francia y Roma. Se realiza así la europeización de la *Spania*. La Iglesia actúa de respaldo al poder de los diferentes reyes, basada en dos textos bíblicos:

«Es por mí por lo que los reyes reinan y por lo que los legisladores orden lo que es justo; por mí por lo que los príncipes mandan y por lo que los poderosos hacen justicia» (Prov. VIII, 1-16).

En la misma línea se expresaba San Pablo, cuyo texto queda canonizado:

«No hay autoridad que no provenga de Dios, y las que existen han sido instituidas por él. Así, cualquiera que resiste a una autoridad, resiste el orden establecido por Dios» (Rom. XIII, 1-2).

El siglo XI imprime un giro profundo a la Historia de España. En el despertar que se advierte lo que prima es lo religioso y lo patriótico. La hegemonía corresponderá a Castilla. La conquista de Toledo, en 1085, por Alfonso VI, será decisiva. Se inicia la Reconquista propiamente dicha. La línea se establece a lo largo de la cuenca del Tajo, aunque tarde en consolidarse. Detrás de ella surge un nuevo tipo de colonización. Ya no será el *vicius* de pequeños cultivadores libres, ni el señorío de un noble o monasterio los que cuenten, sino los concejos que lo cultivan, como son Ávila, Salamanca, Segovia, ciudades que cooperan a la Reconquista y después a su repoblación. El historiador podría comprobar si, a través de los apellidos más abundantes y rancieros del pueblo, se podría constatar la vinculación con Castilla la Vieja.

Entre el Tajo y el Guadiana hay una serie de posiciones fortificadas, tras de las cuales la repoblación se hace difícil. De su defensa se encargarían las Órdenes Militares, fundadas entre 1160 y 1180. Los grandes y extensos señoríos que adquieren darán origen a un nuevo tipo de repoblación en lo económico, en el régimen jurídico y en la mentalidad, distinta a la del campesino libre del Valle del Duero y de los grandes concejos entre el Duero y el Tajo.

El siglo XIII supone ya un importante avance reconquistador a partir de las Navas de Tolosa (1212) por la penetración a través de la cuenca del Guadalquivir por Fernando III el Santo y Alfonso X el Sabio.

Cualquiera que consulte la obra de Fernando Jiménez de Gregorio, sobre *Los pueblos de la provincia de Toledo*, antes aludida, puede constatar este proceso repoblador, en la provincia, que se hace cada vez más intenso, a partir del siglo XIII. La organización que se establece está fundada en el régimen señorial, sea de realengo o de abadengo. El *Código de las Siete Partidas* será el punto de arranque de la organización social de nuestros pueblos.¹⁰

Una de las manifestaciones de este impulso repoblador está en el arte. El goticismo y mudejarismo es un fenómeno cultural que se desarrolla durante los reinados de Alfonso XI y su hijo Pedro I. No es difícil encontrar en muchos de nuestros pueblos ejemplos de estos estilos.

Los efectos del descubrimiento de América y la paz que sigue al terminar la Reconquista son visibles en muchos de nuestros pueblos a través del estilo plateresco, renacentista y barroco que ostentan muchas de nuestras iglesias y la riqueza ornamental que cobijan. Todo ello habría que atribuirlo al resurgir económico que, en gran medida, beneficia a la nobleza, a los

grandes señores o notables de la localidad, y que actúan de benefactores del pueblo, dejando su recuerdo en la construcción de mejores templos, ermitas, hospitales y otros edificios monumentales. Los aspectos económicos y sociales juegan aquí un decisivo papel a la hora de enfocar nuestro trabajo de investigación a lo largo de toda la Edad Moderna.

7. LA MOVILIDAD SOCIAL

Esta sociedad estamental y cerrada, compuesta por el clero la nobleza y el pueblo, no pasa a convertirse de repente en una sociedad de clases, aunque la Historia establezca fechas muy precisas, como es la Revolución francesa de 1789 para Europa, o las Cortes de Cádiz de 1812 para España.

El dinamismo dentro del tercer estado para ascender en consideración y estima social viene dado por lo económico: «dineros son calidad», se diría, pero la evolución y transformación social es mucho más lenta en los pueblos.

La nobleza alta y baja se fue trasladando a las ciudades y en los pueblos se hacía más difícil prosperar. Es importante esta observación para no aplicar a los pueblos la transformación que vemos en los grandes núcleos urbanos.

En los pueblos, los más madrugadores fueron siempre los comerciantes o el «ramo de los traficantes», como también se les llamaba. No todos podían «hacer las Américas», que solía ser otro de los medios para conseguir fortuna.

Sin embargo los tres caminos para subir en la escala social, desde los estratos bajos, al alcance relativo de algunos aldeanos eran: la milicia, la carrera eclesiástica y, para los pudientes, la abogacía.

El lector que consulte el libro, ya citado, de F. J. de Gregorio puede observar que siempre se dedica un apartado final para enumerar los hijos ilustres del pueblo. Es propio de la corografía del Antiguo Régimen que acostumbraba a ensalzar al pueblo a través de los hijos más ilustres¹¹.

Es curioso observar cómo de pueblos insignificantes pudiesen salir personalidades tan importantes. El mérito no estaba en el pueblo que les vio nacer, sino en la persona que guió los pasos para hacerles salir del hogar paterno, y en el esfuerzo y valía de los interesados que destacaron en sus respectivos destinos¹².

Las libertades que propicia el siglo XIX van a romper el esquema cerrado, privilegiado y de tipo piramidal que tenía la organización estamental de la sociedad, para dar paso a una sociedad de clases más dinámica, donde se produce un ascenso generalizado de la sociedad desde los estratos medios, y simultáneamente una rápida proletarización de las clases bajas, como

consecuencia ineludible de la fuerza que imprimía la libre competencia en el mercado, la desaparición de los gremios y la desvinculación de la propiedad agraria. Es precisamente la desamortización la que hace más ricos a los ricos y más pobres a los pobres, al menos si se les compara a los últimos con los primeros.

La nobleza alta y aún la baja abandona el pueblo, su castillo o casa solariega, y se traslada a la Corte para hacer carrera militar o buscar un puesto acomodado en la política y la administración, mientras en los pueblos sólo quedó el llamado *pudiente*, que contrasta con una clase media de comerciante, funcionarios y modestos agricultores.

El cambio se observa a todos los niveles, no sólo económico y social, sino también político y de mentalidad. Mesonero Romanos, a mediados del siglo XIX, podía comparar la sociedad de su niñez y la que contemplaba a sus sesenta años, cuando decía:

«El hombre en el fondo siempre es el mismo, aunque con distintos disfraces en la forma; el *palaciego* que antes adulaba a los reyes, sirve hoy y adula a la plebe bajo el nombre de *tribuno*; el *devoto* se ha convertido en *humanitario*; el *vago y calavera* en *faccioso y patriota*; el *historiador* en *hombre de historia*; el *mayorazgo* en *pretendiente*; y el *chispero* y la *manola* en *ciudadanos libres y pueblo soberano*¹³.

Es arriesgado extrapolar este esquema social, válido para las grandes ciudades, a nuestros pequeños pueblos.

Sin embargo, el voto censitario, según el cual sólo tenían derecho a elegir y ser elegido, un determinado número de contribuyentes, nos puede ayudar a comparar el número de votantes y su porcentaje respecto al resto de la población. Tanto en los ayuntamientos como en el *Boletín Oficial de la Diputación* figuran las listas de votantes, lo que supone una fuente de gran valor para estos cálculos, salvadas todas las distancias con respecto a los porcentajes que tenemos para el resto de España.

Este escaso número de votantes, en los pueblos, estaba constituido por lo que, en la terminología de la época, se llamaban pudientes, notables de la localidad o simplemente los ricos. Un porcentaje muy bajo que da idea de la debilidad de las clases medias, pero también de la fuerza que tenía la oligarquía que llegaba a conectar su influencia hasta llegar al último pueblo. ¿Quiénes eran estos caciques locales? Tal vez haya que fijarnos no sólo en los latifundistas, sino también en los funcionarios hijos del pueblo, en el militar retirado afincado en la localidad, o en el abogado de secano que vivía de las rentas, pero que conectaba con el magnate de la capital de provincia o el político de Madrid, por sus viajes a la gran ciudad, o porque les unía lazos

de compañerismo en la universidad, en la academia militar, o simplemente de oposición.

8. EL PAPEL DEL HOMBRE DE LA CALLE

He aquí una dimensión social muchas veces olvidada en la historiografía local. Es bien sabido que a partir del siglo XIX los cambios sociales tienen su versión en el protagonismo que adquiere el hombre de la calle, el hombre sencillo, el campesino, el que forma parte del llamado *pueblo* que quiere ser también *hombre de la historia*, como decía Mesonero Romanos.¹⁴

Ya en la guerra de la Independencia podemos observar su participación directa en la lucha contra el invasor, y no pocas veces indirecta, a través de la colaboración en la guerrilla o como confidentes del ejército y del gobierno nacional. Era *el pueblo en armas* frente a las tropas napoleónicas. Pero también le preocupaba lo que estaba pasando en Cádiz por los comentarios en la prensa.

En la provincia de Toledo yo mismo he oído iniciar una conversación entre los más ancianos, preguntando *¿qué pasa en Cádiz?* Por supuesto que la respuesta se reducía a comentar sobre el tiempo que hacía o sobre cualquier materia intrascendente más reciente.

Esta extraña forma de saludo y de iniciar una conversación, procedía de estos años en los que se estaba elaborando la Constitución gaditana. Pero el *«qué pasa en Cádiz»* de entonces tenía un sentido muy directo. Era el reflejo de la preocupación que sentía todo el mundo, incluido el más ignorante campesino, ante las extrañas noticias que llegaban a sus oídos o leía en los periódicos, de como en las Cortes de Cádiz se pretendía abolir la Inquisición, suprimir los señoríos, proclamar la libertad de imprenta, entre otras muchas medidas tan revolucionarias para unos, tan justas para otros. Era la primera vez en la Historia de España que el pueblo llano le preocupaba la política. Antes, la política toda se cocía en Madrid y en las grandes ciudades. A partir de ahora (si exceptuamos los períodos de absolutismo regio de Fernando VII), el pueblo sencillo quiere hacerse oír.

El investigador local puede encontrar importantes datos en los archivos del pueblo. Los libros parroquiales rompen la monotonía en su redacción durante estos años con anotaciones muy interesantes, alusivas a la incidencia que tienen en el pueblo estos años tan convulsos.

Lo mismo sucede durante las guerras carlistas, el sexenio revolucionario y la última guerra civil, donde se viene a repetir la implicación del pueblo de muy diversas formas, en uno o en otro bando.

Todo ello está señalando un fenómeno que lentamente se va imponiendo: la irrupción de las masas en las calles, en la vida pública para ser –como decía Michelet– «protagonista de la Historia».

Es verdad que, a mediados del siglo XIX, hay aún mucho de pasajero, desorganizado y romántico, pero la tendencia es ya irreversible hasta desembocar en lo que Ortega llamó «la rebelión de las masas» en las primeras décadas del siglo XX. Se comenzará por el voto universal, seguirá el asociacionismo y se hará clamorosa realidad en las huelgas y manifestaciones reivindicativas.

También es verdad que todo este movimiento es un fenómeno urbano, pero no faltan reflejos en la vida de los pueblos. La huelga de 1904, que afectó a los campos de Castilla la Vieja, tendría también su derivación en la provincia de Toledo. Parecido es el caso del asociacionismo obrero¹⁵.

La prensa local, regional y provincial, que se difunde ahora de manera espectacular, resultará también una fuente de gran interés para la historia local¹⁶. Esta clase de publicaciones periódicas reflejan o aluden a la movilización que se observa en momentos de elecciones municipales, concentraciones religiosas, romerías, peregrinaciones, centenarios y otras celebraciones populares de toda índole. Lo importante es que el historiador no pase por alto un fenómeno social de importancia capital en la Historia.

9. LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS

Bajo esta denominación del poema de Hesíodo puede tener cabida lo que hoy se denomina la vida cotidiana, aspecto tan apreciado por la historiografía francesa y de aplicación muy fecunda en la historia local.

Los *Almanques* y *Calendarios*, de lectura obligada entre los campesinos, constituyen la mejor guía y fuente para entender la fuerte dependencia que existía entre tiempo astronómico y recorrido cíclico de la vida diaria en los pueblos, salpicado de conmemoraciones litúrgicas, fiestas patronales y la sucesión de los días. Todo ello dirigido por el horario que marcaban el reloj y las campanas según costumbre inveterada.

Especial relevancia adquirirían los hechos extraordinarios y las catástrofes naturales que rompían la monotonía que suponía el trabajo en el campo (de sol a sol), o los horarios de invierno y de verano para otras faenas de la localidad.

El historiador no puede desdeñar el tema del abastecimiento de la población, su autosuficiencia o su dependencia de fuera. La alimentación diaria no puede considerarse una mera curiosidad antropológica, propia de una guía turística y gastronómica. Interesa saber qué se comía y quién lo comía, porque sólo algunos comían lo que querían y otros muchos lo que podían. He aquí un tema clave por la simple consideración de su imperiosa necesidad para la subsistencia.

Las diversiones (lo que hoy se llama ocio) tiene un sentido distinto según la etapa de la historia a la que nos referamos. Antiguamente divertirse era un lujo, hoy es una necesidad. El estudio de las ferias y mercados, bailes, carnavales, juegos, esparcimientos, casinos, paseos, deportes, viajes, sitios de recreo, espectáculos y otras muchas formas y costumbres de hacer frente al *terribile quotidianum*, y de buscar la variedad como sirena de la vida, deben obligar a penetrar en el pasado y de los pueblos¹⁷.

10. LA DECISIVA INFLUENCIA DE LA TÉCNICA

Uno de los factores llamados a revolucionar el mundo y a transformar las estructuras arcaicas de nuestros pueblos y aldeas, es la Técnica. A partir, sobre todo de 1870, el desarrollo tecnológico posibilita y fomenta el desarrollo industrial, es decir, la producción en cantidades crecientes y cada vez más asequibles al consumidor, de artículos progresivamente más perfeccionados que van a ir estando al alcance de la mano de amplias capas de la sociedad. Se va a ir creando una cultura de masas, o tal vez mejor de civilización de masas.

Todo ello va a influir en la economía, en la sociedad, en la organización de la vida y en la mentalidad. Realmente se puede hablar ahora de verdadero progreso ostensible.

La vida se hace más complicada y más problemática, el ritmo de la existencia más acelerado hasta ser objeto de preocupada reflexión por parte de filósofos y pensadores en general. No le faltaba razón a Jasper que, superando el término de Edad Contemporánea, prefería hablar de Edad de la Técnica, o lo que otros llamarán mundialización y hoy conocemos con el de globalización.

Si descendemos de estas consideraciones generales al terreno de lo concreto, como es el caso de la influencia que tuvieron los avances técnicos en la vida de nuestros pueblos, los primeros factores del cambio lo van tener las *comunicaciones*, como son el tren, el telégrafo, el teléfono y después el automóvil, con una modernización y rapidez en el correo.

«En el siglo XIX se produce una transformación radical en lo que ha significado para el hombre el concepto de temporalidad. Hasta ese momento el discurrir quedaba enmarcado en la secuencia de las estaciones: era la Naturaleza la que imponía el ritmo al hombre. Un *tempus* religioso simbolizado en el repicar de las campanas, adecuadas al ritmo de la vida rural o al trabajo de solo a sol de los núcleos urbanos. Una actividad social que se desarrollaba desde el toque de maitines hasta el ángelus de las siete de la tarde. Con el maquinismo se invierten los términos de la

relación hombre-naturaleza. La lógica del primero subordina a la dinámica de la segunda. Las campanas son sustituidas por el reloj, la jornada se mide ahora en horas y minutos. Es Kant en Königsberg quien marca la exactitud del tiempo, su reloj se impone sobre el sonido de las campanas. El tiempo queda secularizado. Los relojes del ayuntamiento y de la estación ferroviaria regulan el tiempo colectivo del ciudadano. Son los nuevos emblemas del tiempo en la dimensión concreta del espacio urbano»¹⁸.

Sabemos que, a la par de la construcción del ferrocarril, los pueblos cercanos a una estación de tren se transforman y son más apetecibles para los funcionarios a la hora de solicitar su titularidad vacante. Los curas, por ejemplo, medían la bondad de los curatos, no sólo por el número de habitantes, sino también por el comercio abundante y variado, debido a su cercanía a una gran población, como Madrid, Toledo y Talavera, o simplemente por tener estación de ferrocarril muy próxima. Todo ello venía acompañado de servicios como el telégrafo, teléfono y la llegada regular de la prensa y correspondencia.

Con la aparición de la electricidad se produce el triunfo sobre la noche y la evolución de los horarios habituales: El motor de explosión, la bicicleta, el coche y el cinematógrafo transformaron el ritmo de la vida. La «era de los inventos» trajo la máquina de coser y otras muchas aplicaciones. Es verdad que la gran urbe fue la gran favorecida a costa de la «desbandada del campo a la ciudad», pero en menor escala ciertos pueblos se verían influenciados, en el grupo de los notables y funcionarios de la localidad. El casino pretende superar a la taberna, o la maquinaria agrícola de tracción animal busca sustituir al arado romano. Todo ello privilegio de unos pocos. La llegada del progreso será muy lenta. Se mantiene la proletarización del campesino y el inmovilismo en el régimen de la propiedad agraria. Estos desequilibrios explicarían, entre otras causas, el desencadenamiento de la guerra civil.

Sin entrar en un análisis de la sociedad de aquellas décadas, por exceder los límites de este trabajo, por lo que se refiere al desarrollo material de los pueblos toledanos, en la década de los cincuenta del pasado siglo, es muy útil la consulta del libro, ya citado, de L. MORENO NIETO, *Guía de la provincia de Toledo*, (Toledo, Dip., 1952), donde se recogen datos interesantes.

Las estadísticas muy concretas, que hoy abundan en los ayuntamientos, pueden brindarnos una comparación de gran elocuencia con relación al estado actual. Se trataría de añadir otros muchos datos relativos a la localidad, como pueden ser las fechas de la llegada de la luz eléctrica, teléfono, radio, televisión, agua corriente, calefacción y toda suerte de electrodomésticos. Las comodidades de la gran ciudad se irán introduciendo lentamente en los pueblos.

Pero la bondad de la investigación no debe medirse sólo por la abundancia de datos y fechas, muchas de las cuales no se aluden aquí, sino en saber seleccionar, integrar y relacionar lo que real y verdaderamente haya supuesto un salto, un avance y un progreso para la localidad.

CONCLUSIONES

No ha sido mi pretensión dar lecciones definitivas sobre metodología de la historia local. Quien haya tenido la paciencia de leer las páginas anteriores ha podido advertir las muchas dificultades que encierra escribir sobre el tema, por ser múltiples los aspectos que deben abordarse, y la necesidad de tener un marco referencial muy amplio que debe ajustarse a las medidas concretas que pide la realidad de esa población. Todo ello supone la consulta de una bibliografía tan extensa que resultaría excesiva su inclusión, dados los límites que impone esta colaboración.

El propósito ha sido simplemente el de apuntar ideas, indicar enfoques, obligar a reflexionar y señalar orientaciones dentro de las posibilidades que tiene el investigador.

Los aspectos a los que hemos aludido son presupuestos de suma importancia, tal es el peso que ejerce el medio geográfico en la configuración y desarrollo histórico de una población, por pequeña sea.

En segundo término, el papel que han ejercido la Iglesia y la nobleza, en la fundación, formación y progreso de la localidad, cuyos monumentos al menos, se mantienen aún como testigos mudos de esta realidad.

En tercer lugar, la preponderancia de la burguesía y de las clases medias a partir del siglo XIX en España, tiene su versión local en el afán que se observa entre los notables, ricos y contribuyentes de la localidad por participar en la política completa de la vecindad.

Finalmente hemos ponderado la importancia de la Técnica como motor decisivo del progreso de los pueblos, sobre todo a partir del siglo XX.

La tarea consiste en dar forma viva y amena a una documentación a la que hay que seleccionar y saber preguntar, a veces siendo conscientes de que no vamos a encontrar respuesta. No por eso dejarán de tener valor tantos datos y documentos aportados, y muy en especial, el tiempo dedicado y entusiasmo sentido al ir conociendo el pasado de una localidad.

NOTAS

¹ J. L. Comellas, *Historia. Guía de los estudios universitarios*, (Pamplona, Eunsa, 1977) 161.

² Una interesante exposición didáctica, en P. Marechal, *Comme enseigner l'Histoire local et régional* (París, F. Nathan, 1956) 189 pp.

³ Podríamos añadir los muchos trabajos de esta índole que publica el Ayuntamiento de Talavera, y los colectivos de investigadores *La Enramá*, así como la revista *Cuaderna* del colectivo *Arrabal*.

⁴ Es muy meritoria la obra de J. García Cuesta, *Méntrida, culto y cultura*, (Madrid, 2004). El autor ha sabido ofrecer un detallado catálogo del muy completo y rico archivo parroquial, del que ha sabido sacar partido para su estudio.

⁵ F. Suárez, *La historia y el método de investigación histórica*, Madrid, Rialp, 1977, pp. 169-187.

⁶ Sobre toda su problemática, M. Vilanova, «La historia presente y la historia oral», en *Cuadernos de historia contemporánea*, núm. 20, Madrid, Universidad Complutense, 1998, pp. 61-70.

⁷ Es aconsejable descargar el texto, e insertar al final, en forma de apéndice, toda clase de documentos amplios e importantes, listas o relación de datos, dibujos, inscripciones y fotografías.

⁸ Apud, A. J. Toynbee, *Estudio de la Historia*. Cito por el compendio de Alianza Editorial, Madrid, 1971, (1), p. 113.

⁹ Un modelo que recomiendo es el de C. Pacheco Jiménez (Coor.), *Mejorada: Historia de una Villa de Señorío*, Toledo, 2000.

¹⁰ Recomiendo vivamente a los investigadores del tema, la consulta del trabajo de J. A. Maravall, «Del régimen feudal al régimen corporativo en el pensamiento de Alfonso X», recogido en el libro *Estudios de Historia del pensamiento español*, Madrid, Ed. Cultura Hispánica, 1973, pp. 103-190.

¹¹ Es muy interesante la consulta de L. Kagan, «La corografía en la Castilla moderna», en *Studia historica (Historia Moderna)*, vol. XIII, Salamanca, 1995, pp. 47-59.

¹² Sería interesante que el historiador local pudiese buscar estos extremos en los archivos del pueblo y ver si se confirma esta hipótesis.

¹³ R. de Mesoneros Romanos, *Escenas matritenses*, Madrid, 1851, Ed. facsímil, Barcelona, 1983, p. 222.

¹⁴ El interesado en el tema tiene una amplia bibliografía, valga citar: G. le Bon, *Psicología de las multitudes*, Buenos Aires, 1968; J. Ortega, *La rebelión de las masas* (Madrid, 1930).

¹⁵ Puede verse J. Aróstegui, *Miseria y conciencia del campesino castellano*, Madrid, Narcea, 1977, passim.

¹⁶ I. Sánchez Sánchez, *La prensa en Castilla-La Mancha. Características y estructura (1811-1939)*, Cuenca, Ed. de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1991.

¹⁷ Puede sugerir ideas y planteamiento L. Higuera, *Talavera durante la década moderada (1844-1854)*, Premio F. Jiménez de Gregorio, Talavera, Ayuntamiento, 2006, pp. 253-318.

¹⁸ A. Bahamonde, G. Martínez y L. E. Otero, *Las comunicaciones en la construcción del Estado contemporáneo en España. 1700-1936*, Madrid, Ministerio O.P.T. y M.A., 1993, p. 14.